

2110

LA ARGENTINA DEL TERCER CENTENARIO



Colección Biblioteca Popular del BICENTENARIO

conabip

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Secretaría de Cultura
Presidencia de la Nación



200 AÑOS BICENTENARIO ARGENTINO

Autoridades

Presidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Secretario de Cultura de la Nación

Jorge Coscia

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Presidenta

Lic. María del Carmen Bianchi

Secretario

Lic. Martín Cáneva

Vocales

Ángela Signes

Gladys del Carmen Cisterna

Sonia Annabel González

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Ayacucho 1578 (C1112AAB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

4511-6275 | 4511-6276 | 0-800-444-0068 | www.conabip.gob.ar

★ 2110 ★
LA
ARGENTINA
DEL
TERCER
CENTENARIO



Colección Biblioteca Popular
del BICENTENARIO

conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Secretaría de
Cultura
Presidencia de la Nación



200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

2110 : la Argentina del Tercer Centenario / con prólogo de Ricardo Piglia. - 1ra ed. -
Buenos Aires : Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, 2010.
168 p. ; 28x20 cm. - (Biblioteca Popular. Bicentenario)

ISBN 978-987-1696-05-5

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Piglia, Ricardo, prolog.
CDD A863

Libro de distribución gratuita

Coordinación general:

María Julia Magistratti

Coordinación editorial:

Esteban Gutiérrez

Diseño y diagramación:

Laura Rovito

Ilustraciones:

Pablo Bernasconi

Colaboraron especialmente con esta edición:

María Laura Ferrá, Mayte Gualdoni, Silvana Lánchez, Paola Toriano, Lorena Vega, Alejandra Mendé, Jorge Ribelli, Agustín Moretti, Giselle Furlong, Cecilia Vaillant, Fernando Pérez, Ignacio Riccardi, Adriana Hidalgo Editora y Fundación El Libro.

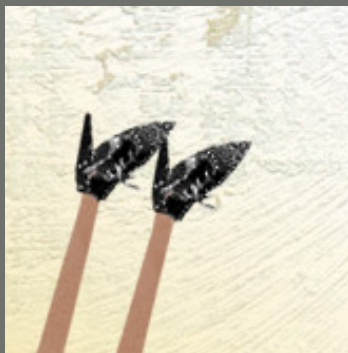
Obra Registrada en la Dirección Nacional
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-05-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

Índice

Presentación	7
Prólogo de Ricardo Piglia	11
2110: la Argentina del Tercer Centenario	
Jorge Accame / <i>Lombok</i>	23
Ariel Bermani / <i>Nombres de Calles</i>	29
Oliverio Coelho / <i>El traidor</i>	33
Marcelo Cohen / <i>Fanni, Myra y el sociólogo</i>	41
Pablo De Santis / <i>El intercesor</i>	47
Jorge Di Paola / <i>El arte del espectáculo</i>	53
Juan Forn / <i>Así</i>	61
Elvio E. Gandolfo / <i>Pegando la vuelta</i>	65
Angélica Gorodischer / <i>Un domingo de verano</i>	71
Daniel Guebel / <i>El sentido de la patria</i>	79
Luis Gusmán / <i>Los bomberitos</i>	85
Juan Diego Incardona / <i>Viaje al fin del conurbano</i>	93
Federico Jeanmaire / <i>San Carlos</i>	99
Martín Kohan / <i>Argirópolis</i>	105
Alberto Laiseca / <i>Argentina: tercer centenario</i>	111
Guillermo Martínez / <i>Infierno grande</i>	117
María Moreno / <i>El parto</i>	125
Sergio Olguín / <i>Pasko y Julietta</i>	135
Claudia Piñeiro / <i>La trescientos noventa</i>	143
Federico Romani / <i>Fases del invierno</i>	153
Sara Rosenberg / <i>Garúa</i>	163



Una semana antes de que la policía irrumpiera en la agencia clandestina de San Telmo donde trabajaba, Leo renunció y consiguió un puesto como guardia nocturno en la Villa Olímpica abandonada. Había llegado el verano, tenía problemas para dormir y sus objetivos inmediatos eran dos: desaparecer por un tiempo hasta que todo se calmara y mantener a raya a las mariposas de luz que acudían en masa cuando encendía los reflectores del estadio, el polideportivo y la pista de atletismo. Para eso usaba redes y mallas metálicas que fijaba a los marcos de las puertas y ventanas de la oficina. La primera noche estuvo trabajando hasta tarde con el soldador y cuando terminó se sentó en el sillón hasta que amaneció para comprobar que ninguna de aquellas criaturas minúsculas y fosforescentes podía filtrarse en la habitación.

Hasta que empezó a trabajar en el predio sólo había visto fotografías de aquel intento de urbanización al que se había llamado “Icaria” y que desde la década pasada permanecía trunco y expectante, abandonado por los concesionarios que habían concebido el plan original de reconstrucción para desecharlo poco después, cuando Buenos Aires perdió su condición de “Área Olímpica”. Al poco tiempo se declaró a todo el sector *desierto urbano*, un eufemismo catastral que permitía tratarlo como un espacio de desechos. Ahora era un gigantesco estacionamiento al aire libre y un refugio de drogadictos y mendigos que utilizaban las laberínticas instalaciones del polideportivo para huir de la policía, aunque a Leo le parecía, en realidad, un desierto de cemento y acero flanqueado por fábricas inactivas por un lado y el interminable murallón del cementerio por el otro. Una vez a la semana, y por expreso pedido del Consorcio Industrial, las niveladoras arrasaban alguno de los asentamientos que se formaban en los edificios abandonados de las fábricas y provocaban una huída en masa de refugiados, que regresaban a los pocos días como empecinados en mantener su condición de ciudadanos de aquel sector que nadie más que ellos reclamaba.

El invierno se le había pasado a Leo entre las fiestas clandestinas y los “eventos no anunciados” que ya eran furor mucho antes de que fueran prohibidos. Casas viejas, bares y galpones reacondicionados fueron el refugio ante las clausuras preventivas cuando los comandos de “Los Profetas de la Hora Seca” comenzaron a poner bombas en las discotecas. A partir de entonces todo el mundo acomodó su agenda al boca a boca y al *mailing* secreto. La última de esas fiestas había sido en los bajos de la

costanera. Un temporal había sacado del fondo del río una tonelada de cocaína y la había esparcido por la playa. Estaba fondeada en una red e impermeabilizada en bolsas de plástico, pero una tormenta había roto los tirantes y dejado a la deriva los sobres, que empezaron a aparecer en las orillas.

Cuando se aburrió de todo eso pidió una licencia de unos días e invirtió parte de sus ahorros en poner a punto el coche. Después salió a las rutas. Una noche entró en una estación de servicio y compró cintas vírgenes para el grabador y un adaptador que le permitía conectarlo a la batería del vehículo a través del dispositivo del encendedor, que quedaba inutilizado mientras grababa. De todas maneras, hacía tiempo que Leo había dejado de fumar.

Fue durante ese invierno que recrudecieron los problemas para dormir. Por eso se lanzó a las rutas, porque la velocidad le cortaba los recuerdos y le hacía ver el pasado como una película fuera de foco. Pisaba el acelerador y se imaginaba como un proyectil de neón disparado hacia el centro de la noche, hasta que la llegada a una ciudad o un pueblo que desconocía lo hacían volver en sí vertiginosamente. Durante todo ese tiempo, sólo una vez se había quedado en silencio con la cinta girando en el grabador. Fue durante una noche increíblemente estrellada, cuando apagó las luces del tablero y lo rodeó la negrura absoluta punteada de blanco. Se sintió como si flotara en medio del espacio. El zumbido del viento y el ronroneo del motor se grabaron uno sobre otro y ahora, cada vez que escucha esa cinta, a Leo le parece oír su propia respiración flotando sobre un fondo de bruma, como si hubiera intentado hablar a orillas del mar.

Se levantaba varias veces en medio de la noche para escribir en los cuadernos. Si estaba compartiendo el cuarto usaba una linterna para no molestar al otro huésped y eso le cambiaba el trazo. La letra se volvía más pequeña y se inclinaba ligeramente hacia la derecha. Casi siempre escribía sobre lo que había visto mientras manejaba, escenas que le estallaban en la cabeza como flashes fotográficos. En cuanto bajaban al papel, esas imágenes se borraban de su mente, por lo que al poco tiempo sólo leyendo esos cuadernos podía estar seguro de los lugares por los que había pasado.

Algunas veces, en la ruta, la lluvia era espesa y blanca, del color de la leche. Un camionero le sugirió que no condujera demasiado tiempo bajo esa lluvia, porque el repiqueteo del agua sobre el techo durante horas y la visión de la ruta desapareciendo en la lejanía podían enloquecer a cualquiera. Así que si llovía demasiado se metía en un hotel y grababa un par de cintas y después se tiraba en la cama. En una de esas grabaciones menciona al grupo de niños que se divierte arrojándoles sal a las babosas que se arrastran sobre la tierra húmeda.

La monotonía de las rutas le despojaba de eventos la vida. En algún momento, las grabaciones y las anotaciones en los cuadernos se transformaron en motivos biográficos, miniaturas que terminaban por contradecir la finalidad del viaje. Ahora, por las noches, con la vista de la pista de atletismo y el polideportivo iluminados, ha comenzado a digitalizar las cintas completas. Algunas de las frases que encuentra en ellas le resultan desconcertantes, como si las cosas más simples no soportaran ser lo que son. Es como una nueva manera –compleja y esquiva- de aprender el significado de las palabras.

Llevar hasta las últimas consecuencias la repetición de un discurso oral, anota en los cuadernos. Bloquear y torcer el tiempo para construirse un presente perpetuo. Lee páginas de su cuaderno al azar. Piensa las páginas sin anotaciones como el equivalente del desierto estático que suponen los espacios vacíos de las cintas. Una posible virtud poética oculta en el ruido blanco.

Cuando tenía nueve años, su padre le dijo que los autos chocados y las casas abandonadas guardaban la memoria del mundo.

Consecuencias del insomnio: temblores, pérdida de reflejos, angustia. En casos extremos, alucinaciones y paranoia.

Leo está mirando televisión sumido en la oscuridad de la sala de su departamento. La luz blanca y seca de la pantalla le ilumina apenas el rostro. Le llegan las imágenes fragmentadas de una historia de amor rota que no alcanza a comprender. Un famoso cirujano plástico alemán creyó encontrar el amor en una mujer veinte años más joven que él, a la que reconstruyó y modeló a su gusto a través de dieciocho cirugías. Ella lo habría mandado a matar para heredar diez millones de euros.

Publicidad oficial sobre los festejos del Tercer Centenario, seguida por algunas escenas de la sesión de diputados donde se trata el proyecto de modificación de los colores de la bandera nacional. Intercaladas, imágenes de la movilización popular en los alrededores del Congreso.

A medida que amanece, la mente se le despeja de recuerdos, como si la memoria no pudiera ser otra cosa más que una maniobra nocturna. La habitación se ha aclarado lo suficiente como para dejar pasar un borde rosado que gotea en la pared, reflejo de algún cartel exterior de neón. Escucha el gemido de un ascensor que se pone en funcionamiento, sólo audible porque los clubes nocturnos de la cuadra cesan sus actividades apenas comienza a amanecer.

El llamado de una encuestadora automática se graba en el contestador.

En la radio, noticias de las seis de la mañana: muertos olvidados en la morgue municipal, víctimas de la ola de calor. Los cuerpos están

congelados, pero si nadie los reclama en las próximas setenta y dos horas serán enterrados (sin ceremonia alguna) en el sector para indigentes del Cementerio del Este.

La alarma del despertador es como un golpe en la cabeza parido por la oscuridad. Otra noche en blanco le recuerda la imprudencia de no haber conseguido la receta para las pastillas que estaba tomando antes de que Valeria se fuera. Aunque ya es casi de día, se filtran algunos recuerdos como en la pantalla deshecha de un caleidoscopio. Lo que él pensó que ocurriría y lo que finalmente ocurrió. Valeria había ido a la peluquería y regresado con el pelo muy corto. Recuerda que lloraba. Por más que trate de evitarlo, otra vez se desliza en ese territorio siniestro, como de teatro abandonado, y en el centro del escenario está siempre ella, saliendo del departamento, resbalando en la vereda escarchada, con el pelo tan corto.

La nieve era lo primero que recordaba, lo espesa y blanca que era, y la forma en que se posaba, como una fiebre, sobre la calle y los techos de los automóviles. Cada cinco minutos alguno se adelantaba unos metros y parecía que ese animal dormido que era el tránsito iba finalmente a desperezarse y ponerse en movimiento, pero enseguida todo volvía a quedarse quieto y los cambios de luces de los semáforos se volvían una contraseña gastada e inútil. Además nevaba, y a Leo le pareció que cualquier palabra dicha en ese contexto perdería su significado. En el cine las despedidas siempre eran así, pero ahora conspiraban contra él las películas de toda una vida.

Los tres días siguientes se los pasó caminando por la ciudad como si todo fuera un sueño en blanco. Bebía cerveza y comía pescado en los karaokes japoneses de Palermo. Se hizo amigo de un agente de viajes que le ofreció un par de pasajes a Ciudad del Cabo mientras señalaba las protestas callejeras en la pantalla de un televisor y le mostraba catálogos y folletos en una portátil.

–Safaris de caza– decía el tipo, y a Leo las imágenes de los canguros y el desierto se le mezclaban con los grupos de chicas que subían a cantar al escenario y los camiones hidrantes de la policía escupiendo líquido fosforescente.

También mataba el tiempo regateando en las farmacias. Buscaba las pastillas para dormir pero no las compraba a menos que el precio le pareciera lo suficientemente bajo. A veces, cuando volvía al departamento, se arrepentía y se ponía a guardar las cosas de Valeria como si recogiera los juguetes de una mascota que acabara de morir.

Ella ni siquiera llamó durante la primera semana.

Guardaba las postales electrónicas que le iban llegando en una carpeta fantasma a la que había quitado las protecciones anti-virus. Con el correr

de los días, la carpeta se fue transformando en un sumidero al que habían ido a parar los sucesivos desastres de su historia conyugal, mezclados entre publicidades de nutriestética y clínicas de neotenia. Insistía en mantener esa carpeta activa sabiendo que algún día todo eso desaparecería, tragado o arrasado por alguno de sus depredadores informáticos. Por el momento, era apenas el lugar donde se mezclaban algunos recuerdos valiosos, cada vez más extraños, con mensajes aislados sin valor alguno.

En la televisión, noticias de las cuatro de la tarde. Dos pasajeros sufrieron heridas leves cuando el colectivo en el que viajaban fue atacado a tiros de escopeta. La policía lo atribuye a un tirador serial que desde hace seis años viene disparando desde un vehículo en movimiento, y que el pasado catorce de abril mató a una nena de once años.

Se ha quedado sin responsabilidades. En la situación en que se encuentra –puesto que no tiene la obligación de ponerse en movimiento o de tomar iniciativa alguna– casi no se comporta como un adulto. En cierto sentido, ella lo ha liberado de todas las responsabilidades. La situación le ofrece una seguridad que no conocía.

En la penumbra que reina en la oficina, a través de la ventana principal, Leo observa los globos de luz que circundan la pista de atletismo de Icaria. Algunos focos son más potentes que otros y eso le da a la urbanización la apariencia de un paisaje a punto de extinguirse. Por la tarde, un empleado del consorcio le ha dicho que alguien de la administración se encontrará con él mañana o pasado, a esa misma hora, para decirle lo que tiene que hacer todas las noches, al empezar su turno.

Enciende un cigarrillo. Le arden los labios y puede sentir las gotas de transpiración deslizarse por su espalda y empapar la camisa con el logo del Consorcio Industrial. En las ventanas del polideportivo brillan las fogatas que los vagabundos encienden en el interior de la estructura.

Esa noche, Leo sueña con edificios incendiados y un rostro sin facciones que le ofrece un beso de caramelos ácidos.

Si le preguntan por Valeria, Leo contesta que recuerda su nombre pero que ya no sabe cómo se escribe.

Otra vez sentado en la oscuridad, frente a la computadora. Libera el nuevo virus (*Céline*) con la melancolía de quien apura una despedida. No se inclina sobre el teclado, más bien alza la vista para que el humo del cigarrillo se eleve. Se ríe como un ciego mientras el monitor muestra una especie de desorden cósmico.

Hace dos años, Leo trabajó para una multinacional diseñando redes de seguridad informática. Moralez, un gerente de operaciones tácticas que advirtió rápidamente sus condiciones, le dijo que la plata de verdad estaba

en otra parte. El tipo renunció al mes siguiente y enseguida lo llamó por teléfono para preguntarle si no quería ir a trabajar con él. Había montado una agencia clandestina en San Telmo donde compraba y vendía bases de datos que iban desde padrones electorales hasta listas de usuarios de celulares y tarjetas de crédito, archivos con más de diez millones de direcciones de e-mails y nóminas enteras de personas físicas y jurídicas que poseían cheques rechazados o deudas con el fisco.

Leo arregló una entrevista para un martes por la tarde. Era más redituable robar las bases de datos que comprarlas, le explicó Morales, y para eso lo necesitaba. Le preguntó cuánto quería ganar y Leo pensó en voz alta un número que lo hiciera feliz. Después renunció a su trabajo y se pasó los siguientes seis meses en una central ubicada en los altos de una galería de la calle Bolívar, enseñando a un grupo de jóvenes programadores cómo quebrar cerrojos informáticos.

Valeria apareció una tarde por esa oficina. Tuvo que esperar a Morales más de dos horas, sentada en uno de los sillones de la pequeña sala de espera. Durante todo ese tiempo no quitó la vista del televisor de plasma por el que circulaban imágenes submarinas de peces luminosos. Tenía los ojos negros y rasgados, la cara redonda como una moneda, y parecía dispuesta a esperar allí sentada todo el tiempo que fuera necesario, como si, en realidad, agradeciera esas horas muertas que la ayudaban a desprenderse un poco más de la vida que estaba dejando atrás.

Trabajaba en una consultora, pero el sueldo era bajo y ella necesitaba plata porque vivía en un departamento que le alquilaba a su hermano y quería comprarse uno propio. Alguien se la había recomendado a Morales. Leo descubrió enseguida que no tenía nada para enseñarle que ella ya no supiera cuando cruzó la puerta de la agencia por primera vez. Durante la semana de entrenamiento básico Valeria le mostró lo que sabía hacer. Una tarde entró al sistema de la Administración Nacional de la Seguridad Social y contempló la pantalla con furia, como si estuviera midiendo el daño que era capaz de provocar.

Empezaron a almorzar juntos y Valeria le fue contando sus cosas. Vivía en Belgrano, cerca del Parque Teyler, en un dos ambientes ubicado encima de las salas de ensayo que alquilaba su hermano. Ella sabía hacer música con secuenciadores y nanomáquinas, le resultaba casi tan fácil y natural como romper redes y sistemas informáticos. Una noche, Leo la acompañó y Valeria lo invitó a subir al departamento entre las vibraciones que provocaban en las paredes los instrumentos y los alaridos sintetizados de un grupo de electrónica. Tenía su habitación llena de los prospectos y manuales médicos de un laboratorio al que le había instalado una red de fármaco-vigilancia. Encendió las computadoras y los monitores cambiaron sus tonos y diseños como si acabaran de despertar de una pesadilla vectorial.

–Dos mil pacientes– le dijo ella mientras se quitaba el abrigo y se estiraba sobre la cama deshecha-. Todos conectados al sistema. Cualquiera de ellos puede anunciar en cualquier momento si el medicamento que se está probando le causa algún efecto adverso.

–¿Qué están testeando? –quiso saber Leo mientras se inclinaba sobre las pantallas.

–Algo para los trastornos de la memoria. Dos mil bases de datos completas. Dos mil memorias transformadas en ecuaciones fractales. ¿Nunca pensaste lo maravilloso que sería poder olvidar lo que uno quiera?

Leo se dio vuelta y la miró fijamente. Valeria sonrió apenas.

–Tené cuidado con lo que me contás –le dijo ella-. Puedo robar tus datos por ahí, cifrar toda tu existencia y después cargarla en mi máquina. –y como si sólo pudiera entenderse del todo con la gente a la que acababa de conocer, agregó: –Puedo cambiarte la vida cuando quiera.

Céline embosca otros directorios y los arrastra, implacable, hasta los nichos digitales que habilitó para ese fin. Allí permanecerán por tres días. Una última oportunidad, piensa Leo, el anzuelo para recuperar una fotografía, un video, una captura de audio antes de la aniquilación final. Lo sorprende la eficacia de este nuevo virus. Los informes preliminares indican que se ha esparcido por la red con una facilidad asombrosa. Un desorden perfecto creciendo como un monstruo en la trama digital de la ciudad.

Afuera cae una lluvia rojiza.

Esa tarde se detuvo un momento para leer la pintura de guerra que Los Profetas de la Hora Seca habían escrito en las paredes del Ministerio. Las letras eran como siluetas de animales muertos. La policía había dispersado la manifestación unas pocas horas antes y ahora la cuadra entera estaba sumida en un sueño de catástrofe bíblica.

Avanzó por la avenida con las manos enfundadas en los bolsillos de la campera. Prefirió esquivar el grupo antimotines de la puerta principal, así que dio la vuelta entera al edificio. Un ordenanza con el uniforme marchito por el efecto del cloro concentrado en el agua corriente lo anunció y le avisó que los ascensores estaban fuera de servicio. Al pie de la escalera casi tropezó con un gato muerto, tapado a medias por el suplemento económico del diario del día.

Orbison estaba mirando por la ventana de su oficina cómo se consumían las carrocerías de los coches incendiados sobre la avenida. Se dio vuelta apenas lo escuchó entrar en la habitación. El traje azul impecable, la voz afinada y la piel brillante por los sucesivos tratamientos de neotenia lo hacían lucir incontaminado y perfecto.

–Lo que tiene esta ciudad es cansancio –dijo.

Leo se quedó callado porque tuvo la extraña impresión de que no estaba hablándole a él. Orbison lo enfocó con una mirada hinchada y sacó desde el fondo de su pecho el tipo de bostezo que podría esperarse de un maniquí.

–Ahí lo tiene –le dijo, señalando apenas con un movimiento de cabeza la carpeta color celeste que descansaba sobre su escritorio– el asunto del que le hablé.

Leo abrió la carpeta y la fotografía cayó a sus pies. Cuando la levantó, el rostro de Valeria penetró en él junto con el murmullo de la ciudad que ardía afuera.

–Hace meses que anda jodiendo –dijo Orbison–. Ya sabe muchas cosas y es demasiado inteligente para nuestros muchachos. Rastréela y avísenos. Nosotros nos encargamos del resto.

Se encontró otra vez en la calle como si hubiera sido tragado por una gruta submarina. Caminó hasta que le dolieron los pies y después se sentó en un café para revisar la carpeta. Cada dato parecía corresponder a una vida diferente. Objetos artificiales incrustados en el mapa de un mundo imaginario y al borde de la extinción. Se preguntó por qué ella había seguido haciendo ese tipo de trabajos a pesar de haberle prometido lo contrario. Entonces recordó. En el oficio lo llamaban “Síndrome de Kant”: el impulso y el deseo irrefrenables por destruir un sistema demasiado bello, demasiado perfecto.

Hay tanta luz blanca en la pantalla que por un momento la habitación parece iluminada.

El rostro de Valeria se abre paso a través de ese velo nuclear. Se le ofrece, sonriente pero falso, como entregándose al hambre de una memoria químicamente exacerbada. Es como si Leo planificara en un lenguaje artificial, inverosímil. Desde hace mucho tiempo sólo lo verdadero le resulta sospechoso.

Ella le pedía que no alzara la voz. Había entrado en un cuento de hadas.

Las instrucciones que ingresó por el teclado se disuelven en una marea gris. La regresión de un neurótico, el intento desesperado por lograr que rimen dos vidas paralelas. Piensa en esa playa y sus dedos se detienen. El remordimiento es una sombra que se mueve y cambia de lugar.

Céline ha vuelto. Leo apaga la computadora y la oscuridad en la habitación se vuelve total. Una ola rompe en su mente.